

\$2.25 No.1

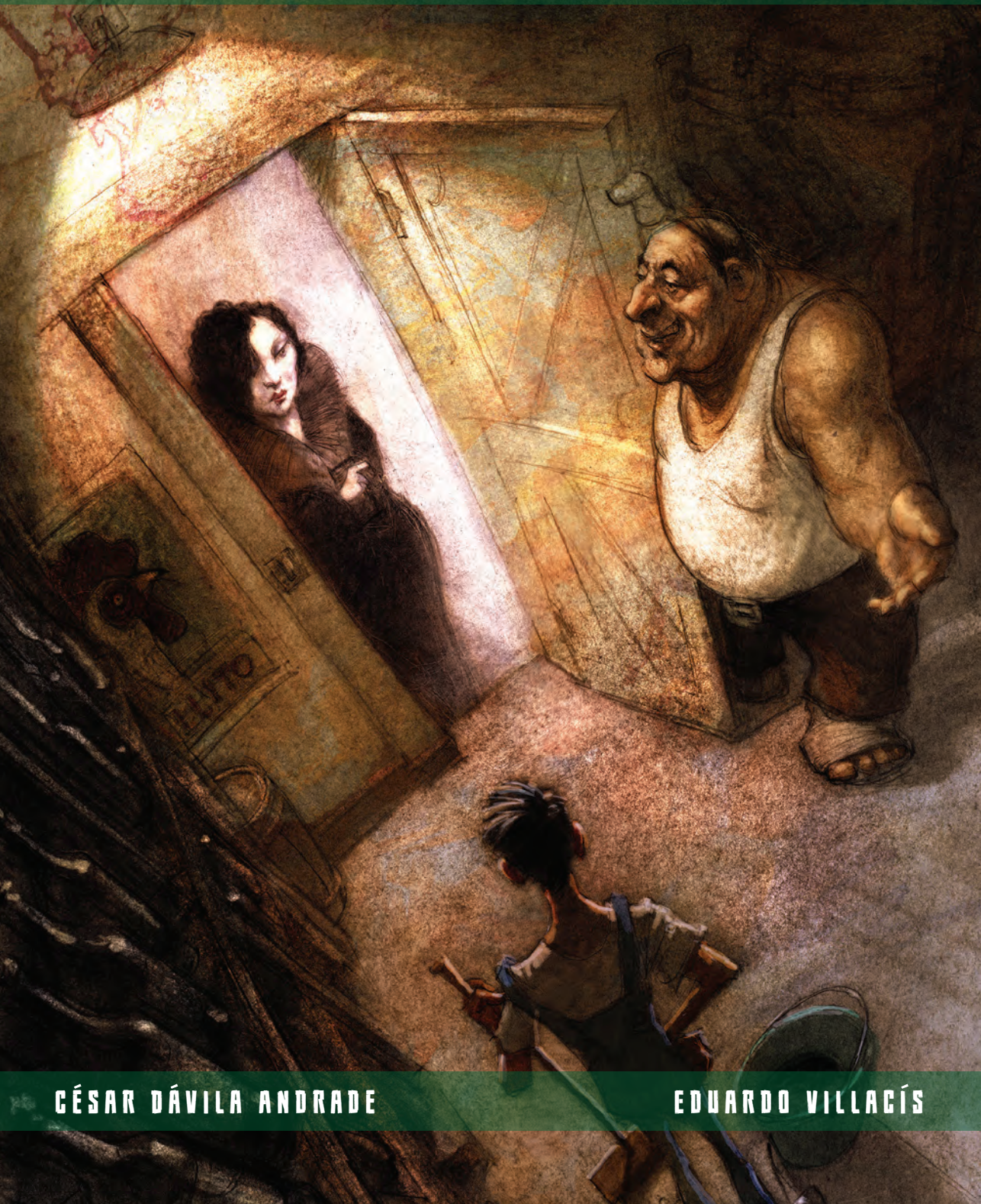


COLECCIÓN  
CABEZA DE GALLO

# el fakir

PRESENTA

## VINATERÍA DEL PACÍFICO



CÉSAR DÁVILA ANDRADE

EDUARDO VILLACÍS



**VINATERÍA  
DEL PACÍFICO**

ki





**N**o temía el hambre. Sabía darme trazas y siempre pescaba algo, sobre todo en los mercados. Lo que temía era la noche. La noche azul y fría de los portales. El sueño insostenible en los quicios de las tiendas cerradas. Ese mudo temblor del que pretende acurrucarse contra sí mismo, sin una manta, sobre el empedernido piso de cemento. Sin embargo, fue la desnutrición —y quizá la hueca y bostezante desesperanza— las que me tornaron un guiñapo abúlico, desorientado y soñoliento. Tenía ya 18 años por entonces.

Al salir de una calleja oscura, volví la cabeza para atender. Alguien había prorrumpido a mis espaldas: ¡Muchacho! Pero en el mismo instante sentí que no podía enderezar la cabeza sobre el cuello. Mis tendones crujieron, retorciéndose, y quedé inmobilizado. Un sudor frío me humedeció el rostro y para no caer me apoyé de espaldas en el muro. La señora que me había llamado se aproximó agitada. Era una mujer alta y gorda, de edad madura, morena y maternal.

—Quería que me llevaras este cesto —dijo, con un ligero tono de disculpa.

Yo quise sonreír con el rostro empapado en angustioso sudor y no conseguí esbozar sino un gesto grotesco que me causó un vivo dolor en los pómulos. Ella debió comprender, según la vi agitar sus párpados oscuros y carnosos.

—Ven, dame el brazo —dijo y me tomó del derecho, llevaba ella misma el cesto dicho, y se recriminaba al conducirme

—No debí gritarte así: yo no sabía que estabas para caerte de debilidad. ¿De dónde eres? —murmuré algo —¡Ah!, entonces,



¡mi paisano! ¡Qué gusto! Debes ser un buen chico. ¿Y sin trabajo? ¡Qué casualidad! Necesitamos un muchacho como tú. Pero, camina, camina. Ya llegamos. Pero mira ese letrero: es el de la tienda de mi marido.

Yo parpadeé y un largo suspiro de ternura y sueño se me escapó. Vi un letrero de tablas verdes. Grandes letras negras corrían sobre él diciendo: «VINATERÍA DEL PACÍFICO».

No sé lo que me dieron a beber y a comer aquella tarde. Al día siguiente me desperté con el sol. Me encontraba dentro de una hamaca, en un pequeño cuarto con aspecto de camarote. Y sentí gran vergüenza. Noté que la vida había vuelto a mi cuerpo; el ansia de la vida mejor. Si bien, no me sentía aún fuerte. ¡Qué extraña era mi situación! Recordé los sucesos de la víspera y pensé en lo inusitada que iba a ser mi presencia en aquella casa, después de haber dormido ya en ella, traído por la adversidad. Desde entonces conservé siempre una íntima sensación de angustia.

Abrí tímidamente la puerta. La señora se desayunaba en el corredor. Sorbía su café negro y, a cada trago, miraba la lejanía azul, centelleante, de sol estival. Saludé y me aproximé vacilando.

—Ven —dijo—. Toma.

Me llenó una taza. Luego llamó con una voz vieja, dulce y algo dengosa:

—¡Lauro!

4 Apareció un gigante, escurriéndose por una pequeña puerta de fibra.

—¡Ah! Ya. ¿Es el muchacho? ¿Cómo te llamas?

Sentí que su voz era amiga de las bromas y de las palabras que producían consuelo.

—Rodrigo —repuse.

Lo quedé mirando con suave y confiada tranquilidad.

—Alma sencilla, eres mi ayudante —exclamó, riendo con tono sonoro y contagioso y me palmeó un hombro.

Era un serrano aindiado, que había padecido no sé qué indecibles tribulaciones y había conseguido al fin hacer una pequeña fortuna. Estaba ya calvo y su cogote producía hilaridad por los gruesos y brillantes pliegues de gordura que se escalonaban hasta bien avanzada la nuca. Iba siempre en camiseta de mangas cortas; siempre en zapatillas de suelas de sogas de cabuya; y, siempre, con la boca del pantalón más abajo que el ombligo.

Me percaté que no tenían servidumbre. La señora (¿Cómo se llamaba? ¡Ah! ¡Ya! ¡Lolita!) hacía el mercado o encargaba las compras y preparaba las comidas en una cocinilla de gas. El marido, expendía personalmente el aguardiente y el vino. «Vino de Uva Estrella del Pacífico», que así rezaban las etiquetas verdes con leyenda en negro, como el letrero. Se mantenían plebeyos y sencillos, y esto me agradó íntimamente. Un muchacho que les servía habíase escapado tres días antes, con un reloj. Yo iba a sustituirlo.

—Lavas las botellas en aquel cubo con aquellos cepillos: las pones a escurrir en aquellas horquetas; las envasas, las corchas; les pegas las etiquetas; eso es todo. Total: dos o tres horas diarias, porque el negocio es corto— me dijo él.



Ella, a su vez, me pidió:

—En cuanto te levantes, tomas la manguera y riegas el jardín. Lo riegas luego a las nueve; luego a las once, luego a la una, a las tres... en fin, todo el día. No quiero que el verano me lo mate. Es mi cariño.

Además, debía barrer la casa por las mañanas y llevarle la comida al perro, a sus horas. El viejo me hizo conocer aquella misma tarde al animal.

—¡Laurel! ¡Laurel! —gritó aproximándose.

Luego, comenzó a amonestarle como a un chico, respecto del comportamiento que debía mantener con relación a mi persona. Pero el animal no lo quería escuchar. Sacudía la cadena y forcejeaba dirigiéndose a mí, con gruñidos afectuosos. Don Lauro sorprendido se quedó admirándome. Me acerqué con una seguridad mayor que mi propia razón, y le acaricé las orejas y el enorme lomo dorado de león. Él, con la cabezota cobriza y cálida, me golpeó los muslos, como un viejo conocido. Nunca he podido explicarme esta repentina amistad.

Desde el siguiente día, pude entregarme a las ocupaciones que me habían señalado. Me placía sobre todo regar el jardín. Todo en él, era adelfas y rosales, distribuidos en dibujos circulares. A mí, se me hacía extraño y desusado la existencia de un jardín como aquel en un barrio en el que las viviendas eran escasas y asfixiantes y en el que solamente a grandes trechos se encontraba un solar árido, que ardía en miasmas y vaharadas tenebrosas. Esta impresión, se me vuelve angustia todavía hoy, después de tantos años, sobre todo cuando me enfermo del pecho y tengo fiebre. Vuelvo a mirar el jardín, con los párpados

hinchados y rojos, y lo veo rodeado de muros verdinegros y polvorientos, imbuidos de un temblequeante fuego, morboso y destructor.

¡El lavaje de las botellas era otra cosa! Se trata de una operación que reblandece de una manera cómica las yemas; poco después, la piel que rodea las uñas se pone tumefacta y se abre en pequeños pétalos que arden todo el día y continúan ardiendo hasta cuando uno se encuentra dormido, de modo que se sueña con escarbar los bordes del infierno o con estar remordido en la puerta de una cárcel.

Sin embargo, a los dos meses de realizar dichas ocupaciones, ninguno de sus detalles me molestaba ni me exigía atención. Fue al cabo de este tiempo, en el que doña Lolita, seguramente de acuerdo con el marido, empezó a quejarse de una singular jaqueca, proveniente de «tanta mala noche». Al escucharla, alcé la mirada. La suya me había dejado esperando.

—Sí, me dijo, yo y mi marido velamos mientras tú duermes como un lirón en tu hamaca.

El viejo intervino:

—Trabajo también de noche y quiero que me ayudes.

Al escuchar su última palabra, repentinamente recordé aquellas del primer día: «Alma sencilla, ¿eres mi ayudante!»

—Trabajo, o mejor, curo. Soy una especie de médico, hijo. Aquí hay muchos enfermos del pecho y la paleta, tú sabes. Y tienen vergüenza de los doctores y la gente. Algunos de ellos, vienen acá por la noche. Yo los curo con vino.



